

INTELECTUALES Y PROCESOS REVOLUCIONARIOS

POR FABIOLA FERRO Y SANTIAGO GÁNDARA

Fabiola Ferro. Es docente del Seminario de Cultura popular y cultura masiva de la Carrera de Ciencias de la Comunicación (UBA) y docente de la Carrera de Letras (UBA). Se especializa en la articulación entre políticas culturales y políticas lingüísticas en la Argentina. Dirige el PRII "Proletkult: el debate sobre cultura, arte y educación proletaria en Rusia y URSS desde 1917 hasta 1923. Aportes para pensar la cultura popular hoy".

Santiago Gándara. Es profesor adjunto regular de Teorías y prácticas de la comunicación II (UBA) y titular de Teorías de la comunicación social II (UNLPam). Actualmente es doctorando de la Facultad de Sociales, publicó *Intervenciones: medios y Estado, los términos de un largo debate* e investiga sobre la historia del campo de la comunicación y la cultura.

Ambos dictan un seminario sobre políticas culturales y comunicacionales de izquierda.

Qué hacer

En el estado actual de *glaciación* de las teorías críticas (Keucheyan), de creciente tendencia a la *burocratización* del campo académico (Grüner; Mangone) y, en una última declinación, del imperio de los *intelectuales mediáticos* (Bourdieu, 1997); la recuperación del debate en torno a la relación nada pacífica entre “intelectuales y revolución” puede resultar un gesto anacrónico, apenas un ejercicio de la memoria que se propone desempolvar papeles desde la Revolución Rusa, para fijar un comienzo posible cien años atrás, hasta por lo menos la década del setenta, cuando los intelectuales –aquí, en la región y en el mundo –todavía se *debatían, comprometían o militaban*– para mencionar algunas de las salidas exploradas– en y frente a los procesos revolucionarios o de transformación social entonces en curso.

El aparente desfase de ese debate histórico se podría explicar, de un lado, por el fracaso de los procesos revolucionarios; del otro, por la crisis y defunción de un modelo de intelectual. La suma de la ecuación, entonces, empataría en un cero desastroso. Sin un *frente revolucionario*, los intelectuales irían desplegando y concentrando su intervención en un sistema de educación superior estabilizado y en relativa expansión, para mutar en categorías tales como las del profesor universitario, el profesional, el especialista. La mirada totalizadora, la perspectiva inconformista y a contrapelo, las trayectorias de compromiso, se vuelven fragmentarias, normativizadas por la inercia de los protocolos institucionales y de la administración de una carrera académica.

Sin dejar de considerar el fracaso del ciclo de revoluciones como causa de este último proceso –sobre esa idea gira el libro de Keucheyan, quien retoma el programa de investigación de Perry Anderson–, nos interesa destacar el papel del campo intelectual –desde los ochenta, para fechar un proceso que se mantuvo hasta hoy– en la fundamentación y decreto del fin de la revolución. En ese sentido, antes que la derrota –objetiva– son los balances –subjetivos– de esa derrota los que sellan la crítica de todo (el) proceso revolucionario: el papel de la vanguardia, la organización

del partido, la toma del poder. Pero, además, son esas mismas conclusiones las que habilitan el cuestionamiento a ciertas categorías (clase), al uso de un gramscismo parlamentario o culturalista y, como colofón, al abandono de la teoría y la práctica marxistas en consonancia con una etapa que, si se etiquetaba como posmoderna, parecía razonable que encontrara también su pariente más próximo en el “posmarxismo”.

Por eso, no entendemos el debate “intelectuales y revolución” como souvenir de una era clausurada. Su reinstalación podría decirnos algo bastante fundamental acerca del atolladero –glaciación, burocratización– en el que el campo intelectual se encuentra atascado desde hace por lo menos cuatro décadas. De una manera ligeramente provocativa, pensamos que la pregunta leninista también debería interpelarnos sobre todo por el escenario de crisis capitalista, guerras y emergencia de gobiernos latinoamericanos que han pasado de las políticas de restauración de Estados quebrados y de contención a las de ofensiva contra los trabajadores.

Digresión

Más que a los fines de una exposición –el tema ha sido muy transitado– es a los fines de nuestra argumentación que nos proponemos repasar algunas breves notas en torno al concepto y la práctica del intelectual.

En el origen, está la escisión: “La división del trabajo sólo se convierte en verdadera división a partir del momento en que se separan el trabajo físico y el intelectual” (Marx y Engels: 32), que genera la ilusión de una conciencia emancipada, desligada de lo material, suficientemente autónoma, libre, independiente, sin lazos con la práctica social existente. Estos rasgos sobrevuelan más o menos explícitamente, resisten y reaparecen, a la hora de circunscribir la figura del intelectual tradicional y de reconstruir la imagen que éstos tienen de su labor. La emancipación imaginaria ubicaría al intelectual en el terreno de lo universal, desde donde –más allá o por encima de las clases, de los intereses materiales y los particularismos– interviene como la voz de la civilización y los valores de la humanidad.

Su posición estructural es de *subordinación*: “Los intelectuales son los ‘empleados’ del grupo dominante para el ejercicio de las funciones subalternas de la hegemonía social y del gobierno político” (Gramsci: 30). Una posición de la que puede derivarse su *ambivalencia*: porque se trata de “una fracción dominada de la clase dominante, que en razón de su posición estructuralmente

ambigua está necesariamente obligada a mantener una relación ambivalente tanto con las fracciones dominantes de la clase dominante (los burgueses) como con las clases dominadas (el pueblo), y a hacerse una imagen ambigua de la propia función social” (Bourdieu, 1983: 23).

En la suma de estas notas –que de algún modo violentamos de su contexto original– se anudan los sentidos sobre la figura del intelectual, sus ilusiones, sus determinaciones –entendidas como límites y presiones– mediadas por el campo o las instituciones, su función social real o imaginaria, las tareas asignadas o asumidas, su capacidad de negociación asimétrica con las instituciones del Estado o del mercado, su ambivalencia más o menos permanente con los grupos de poder, sus tensiones y desgarramientos.

Tales rasgos se advierten, dramáticamente, en dos intervenciones de Émile Zola. Por un lado, en su célebre “Yo acuso”, publicado en *L’Aurore* en 1894, que lo coloca en el campo de la defensa de los derechos conculcados frente al Estado, a partir de lo cual –y como reacción– se populariza el término *intelectual* y se fecha un modelo de intervención que, desde la tradición francesa y con Jean Paul Sartre, será objeto de reflexión y de ejercicio, y que se conceptualizará en términos de compromiso. Por el otro, en sus menos célebres publicaciones en *Le Sémaphore de Marseille*, dos décadas antes, en 1871, desde donde recusa la Comuna de París y justifica la masacre: “El baño de sangre que [el pueblo de París] acaba de recibir era quizá de una horrible necesidad para calmar algunas de sus fiebres. Ahora vais a verlo crecer en sabiduría y en esplendor” (Lidsky: 51).

En contraste, podríamos acumular citas de revolucionarios –ellos mismos intelectuales– que advierten la escisión, subordinación y ambivalencia del intelectual y que se vuelven exigencias más dramáticas, precisamente, porque lo colocan ante la disyuntiva de la revolución. Entre otras: “El intelectual adhiere al socialismo rompiendo su cordón umbilical clasista –adhiere como individuo, como personalidad– e inevitablemente busca el ascendiente personal [...] ellos mismos no quieren y no pueden reconocer que su frac profesional no es más que un hábito de presidiario bien cortado” (Trotsky: 189).

Sería sesgada esta digresión si no consignáramos al menos que, cuando las masas y sus organizaciones fueron relevadas por un aparato burocrático –el estalinismo lo ejemplifica en exceso–, las tensiones se manifestaron de los modos más salvajes: la censura, la exclusión, las purgas o el asesinato.

El campo de la comunicación y la cultura

Para retomar el hilo, vamos a examinar un caso: el de la emergencia y el devenir de los estudios de comunicación y cultura en el que, por otra parte, reconocemos una tendencia general del campo intelectual en las ciencias sociales.

La emergencia de un campo de la comunicación suele fecharse hacia fines de los años sesenta. Asistimos a una etapa de *autonomización* en la que los estudios comunicacionales se desgajan –por decirlo así– de la sociología y de las letras, e incluso de la enseñanza técnica del oficio periodístico. Tales estudios se convocaron al calor del ciclo de revoluciones (Cuba, en primer lugar) y de procesos de transformación social (Chile), que colocaron en el centro de la escena la cuestión del imperialismo cultural y la intervención del intelectual crítico, comprometido o revolucionario. Las teorías modernizadoras, difusionistas y desarrollistas de la década anterior revelaban no sólo sus límites insalvables sino sobre todo su marca en el orillo: se articulaban con los intereses políticos del imperialismo casi sin mediaciones. Es decir, se exponían como ideología.

Entonces se pusieron en circulación, fueron leídas y se adaptaron corrientes de análisis, teorías, marcos conceptuales –el marxismo, Frankfurt, la teoría de la dependencia, la primera semiología, la economía política– que promovieron los debates sobre las políticas nacionales de comunicación para confrontar el desigual flujo informativo de los países imperialistas, los análisis ideológicos de los lenguajes masivos, la denuncia de la manipulación y de la naturaleza monopólica del sistema de medios de difusión, la necesidad de una comunicación alternativa.

Se trató de una etapa extremadamente creativa, a tal punto que una extensa literatura internacional la reconoce como la aportación latinoamericana a los estudios de comunicación hegemoneizados por la tradición europea y estadounidense (Barranquero). Este período estuvo recorrido por la tensión entre la producción de conocimiento y la intervención política, que abriría un muy temprano debate en el campo en torno al lugar del intelectual en un proceso revolucionario. Si nos extendimos en esta reconstrucción es porque nos sirve de contraste con un episodio posterior, que colocó a los profesores e investigadores de la comunicación, otra vez, en el centro de la escena.

En 2008, en plena *crisis del campo* –una formulación que escamoteó la envergadura de una crisis capitalista mundial– y sobre todo a partir de los debates en torno a la ley de servicios de comunicación audiovisuales (2009), un sector mayoritario del campo de la comunicación ensayó una intervención pública que parecía recuperar el modelo del intelectual comprometido y que, a

su vez, recurría a la tradición crítica del mismo campo para afirmar la necesidad de políticas de comunicación, para denunciar la conformación de monopolios que controlaban la producción y circulación de la información, para analizar críticamente los discursos de los medios, para volver a pensar las experiencias y prácticas de comunicación alternativa. El hecho resulta significativo por una razón que pasó bastante inadvertida: para llevar adelante tal recuperación, los especialistas del campo tuvieron que regresar al momento fundacional que acabamos de reseñar, cuarenta años atrás, como el único camino para recuperar una perspectiva sin la cual resultaba imposible pensar e intervenir críticamente en el escenario que entonces se abría.

Se trató de un *episodio* –y su efímero apogeo y dispersión no se explica apenas por la clausura del proceso a partir de la asunción de Cambiemos–, sobre el cual proponemos dos consideraciones generales. Por un lado, este nuevo giro revelaba que los treinta últimos años fueron *décadas perdidas* para la producción y reelaboración de teorías críticas. Desde los años ochenta, el campo de la comunicación y la cultura multiplicaba sus *ajustes de cuenta* con el marxismo, las teorías del imperialismo cultural, la industria cultural o la manipulación. Tales balances teóricos y metodológicos se solapaban con –y originaban en– una recusación a toda una etapa caracterizada por las certezas excesivas y hasta por la confianza *ingenua* en procesos de transformación social y revoluciones que, nos decían, se habían clausurado de manera definitiva. En otras palabras: se sobrepuso el examen de la hegemonía –nuevas confianzas e ingenuidades en las posibilidades de la recepción, en la capacidad de reinención de la cultura popular, en los nuevos movimientos sociales– antes que la mirada confrontativa y la postulación de perspectivas contrahegemónicas. Los usos de Gramsci –leído como teórico de la cultura antes que como comunista y organizador de un partido revolucionario– se acomodaban demasiado al momento de renunciamiento. Ni siquiera el desembarco de los estudios culturales alcanzó para compensar las *pérdidas*: la circulación y apropiación de los padres fundadores –cuya obra principal se leía con varias décadas de retraso– se dio en el mismo momento en el que los estudios culturales también se habían desembarazado de su proyecto original –e incluso de su activismo político y social– en un cuadro recortado por las tijeras de la institucionalización (Mattelart y Neveu) y por el thatcherismo.

Por otro lado, aquella revisita más reciente a las tradiciones críticas –fraguada en torno al debate de una ley– fue más bien *aparente*. Se trató de una puesta en circulación de conceptos –fuera del contexto de sus marcos teóricos– y de problemáticas –refuncionalizadas por la coyuntura que imponía el debate.

Bastaría contrastar algunas de las publicaciones más destacadas de aquel período fundacional (los trabajos de Heriberto Muraro, por caso) con lo producido y difundido en este otro momento, para advertir una diferencia radical: aquellas tradiciones críticas se elaboraron desde una perspectiva totalizadora que apuntaba tanto a una impugnación del sistema de medios de difusión controlados por el *capitalismo monopólico* y su Estado como a una salida revolucionaria o de transformación social, conceptos y planteos *estratégicos* decididamente ausentes en la literatura reciente.

Coda

En los últimos años se conceptualizan algunos de los problemas con los que abrimos este artículo –burocratización, glaciación– en términos de *dilemas de la institucionalización* (Dal Bianco y Zarecki), sobre los cuales se ensayan diferentes explicaciones y se atribuyen causas diversas: entre otras, el peso muerto de los protocolos de investigación y la rutina de los congresos. Sin desconocerlas, y sobre la ilustración de un caso, quisimos colocar un hecho menos explorado y puesto en debate: más que la disolución, la renuncia a un horizonte revolucionario –incluso para avanzar en un proceso de transformación radical en el más limitado espacio de la universidad– abona y profundiza aquellos rasgos de escisión, subordinación y ambivalencia del campo intelectual al tiempo que deja su *huella* –y vacío– sobre las producciones teóricas y sus aportaciones. La etapa que se abre en toda la región plantea, una vez más, el viejo y nuevo desafío.

Referencias bibliográficas

- Barranquero, A. (2011). “Latinoamericanizar los estudios de comunicación. De la dialéctica centro-periferia al diálogo interregional”. En *Razón y Palabra*, N° 75.
- Bourdieu, P. (1983). *Campo del poder y campo intelectual*. Buenos Aires, Folios.
- Bourdieu, P. (1997). *Sobre la televisión*. Barcelona, Anagrama.
- Dal Bianco, L. y Zarecki, F. (2015). *Los estudios de comunicación en Argentina. Consensos y disensos*. La Plata, Facultad de Periodismo y Comunicación Social.
- Gramsci, A. (1967). *La formación de los intelectuales*. México, Grijalbo.
- Grüner, E. (2002). *El fin de las pequeñas historias. De los estudios culturales al retorno (imposible) de lo trágico*. Buenos Aires, Paidós.

Keucheyan, R. (2013). *Hemisferio izquierda. Un mapa de los nuevos pensamientos críticos*. Madrid, Siglo XXI.

Lidsky, P. (1971). *Los escritores contra la Comuna*. México, Siglo XXI.

Mangone, C. (2003). "La burocratización de los análisis culturales". En *Zigurat*, N° 4.

Marx, C. y Engels, F. (1971). *La ideología alemana*. Montevideo, Ediciones Pueblos Unidos.

Mattelart, A. y Neveu, E. (1998). "La institucionalización de los estudios de la comunicación. Historia de los Cultural Studies". En *Telos*, N° 49.

Trotsky, L. (1989). *Literatura y revolución*. Buenos Aires, Crux.